

POR MI TIERRA VASCA

Allá a lo lejos, bajo una bruma que lo difumina todo, la ciudad sin personalidad digiere somnolienta su diario botín de sangre joven.

Más abajo de nosotros, el ancho caserío de tejado a dos vertientes, muestra a la pupila curiosa del cielo los dientes rojos de las tejas lavadas por el llanto de unas nubes tristonas.

Arriba, y casi confundido con la niebla, el humo azul del caserío se eleva en línea recta como una golondrina loca; humo que huele a bendición, a savia vegetal de roble, de castaño o pino, humo que no es de carbón maldito arrancado a la tierra por hombres-topos, sino que vigorosos leñadores han derribado a hachazos en el bosque solitario, mientras el cuculillo canta hasta el aburrimiento las dos notas que aprendió el único día que fué a clase de solfeo.

En el llar, y colgado de un garfio, hierve a borbotones la comida para los cerdos, que gimen ocultas penas en la cuadra mientras el haragán del perro medita junto a la lumbre. ¿Filosofía de Kant o existencialismo de Sartre? Es lo mismo. El saca provecho del momento presente; instante fugaz que Fausto quiso detener.

El barro amarillo hace glu-glu cuando nos paramos ante la Cruz aldeana que se alza en el crucero. La mano que la cinceló y aquellos que la erigieron ya se han fundido con el suelo que piso, pero ella sigue allí desafiando al tiempo.

Tal vez en este cruce de caminos, hace más de una docena de siglos, se alzase una estela a Jaun Zuria, el buen Señor legendario de los vascos con la insignia del sol girando sobre sus rayos, la misma estela que yace ahora rota y entre ortigas en un rincón del cementerio aldeano.

El bosque de hayas está alfombrado de oro y el oloroso perrechico crece y se seca debajo de las hojas, ignorado como un tesoro del que se ha perdido memoria. Los pasos levantan rumores de catedral vacía y los rayos de un sol tímido y tibio juegan a lanzas que taladran los claros y cuelgan fantásticos adornos dorados en las ramas bajas.

En la cercana pared, lívida y pelada, el monte bosteza y nos abre sus derrumbadas galerías, nido de murciélagos y cobijo temeroso de ovejas durante la tempestad. Allí, a veinte, treinta metros bajo la capa arenosa que aportó un río subterráneo ya desaparecido, yacen en sus túmulos funerarios los cráneos dispersos de los primeros habitantes de estas tierras.



Son las mismas cabezas que ahora rezan el Angelus y se cubren de ancha boina tolosana. Mil años antes de que los ejércitos de Tito sitiases Jerusalén, dos mil años antes que Eleazar pidiese agua para sus camellos junto al pozo de Siquem, cuatro mil años antes de que Baltasar profanase en Babilonia los vasos sagrados del templo; los ascendientes directos, lingüística y antropológicamente de los vascos actuales, poblaron y señorearon esta misma tierra en que ahora vivimos.

Por el estrecho camino vecinal, un carro de bueyes va dando lentos bandazos mientras las ruedas chirrían como cerdos que desollasen.

El boyerizo, ausente de todo, con su nariz ganchuda y el papel de fumar pegado en el labio inferior, va diciendo ¡Aida! mecánicamente a sus bueyes, y calcula con ojo de experto cuántos metros cúbicos de madera podrá sacar del bosquecillo cercano.

Ya nos baña la dulce luminosidad de la cumbre. El monte es suave y sus laderas henchidas de tierra fecunda no tienen agrios cortes ni pavorosos precipicios. Aquí, donde no llega el arado romano, crecen con profusión las agudas árgomas de florecillas amarillas y las delicadas primulas que no saben donde meterse de vergüenza cuando nos paramos ante ellas para admirar su exquisitez.

Un ruseñor invisible canta sobre nuestras cabezas y, mirando el paisaje que oculta la bruma a retazos; montes verdes, solitarios caseríos; se nos antoja su canto triste como un zortziko pues hay algo en esta mañana de primavera que nos pone melancólicos.

Tal vez sea que en la cima de un monte nos vemos como somos y no como debiéramos ser, para encajar con la sencillez y muda bondad de estas montañas amables y queridas de nuestra vieja Euskalerría.

JOSE LUIS MUÑOYERRE.